

Guy Hocquenghem

El deseo
homosexual



Prefacio de René Schérer

Epílogo de Beatriz Preciado titulado "Terror anal"

Nos hallamos ante un texto pionero de la teoría *queer*. Mediante una insólita relectura de *El Anti-Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, Hocquenghem arremete contra los estereotipados modelos de deseo sexual occidental que se derivan de la obra «canónica» de Lacan y Freud, los santos apostólicos del culto psicoanalítico. El autor también trata la relación entre el capitalismo y la sexualidad, el laberinto de la estéril de la indefectible «culpa» de no ajustarse a la heteronormatividad, la plusvalía moral que genera la privatización del ano y, en definitiva, la dinámica de las máquinas deseantes y las represalias políticas sobre las identidades fronterizas con la soberanía heterosexual.

El deseo homosexual (1972) fue la primera entrega de una trilogía que completó con *L'Après-Mai des faunes* (1974) y *Le dérive homosexuelle* (1977). Todas ellas –si bien poco conocidas fuera de Francia– textos seminales de la teoría *queer*. *Terror anal* de Beatriz Preciado constituye un diálogo radical con el relato de Hocquenghem. Supone revisitar, tras más de treinta años de lucha, las posiciones primigenias de los visionarios y reivindicar su furia, si cabe con más rabia. Éste el desafío anal: un golpe de Estado en toda regla larvado en las mismísimas entrañas de la heteronormatividad. Y, sin embargo, ésa es también su terrorífica promesa.

Prólogo

Un desafío al siglo

Este libro es histórico; hace época. Una época en lo que se denomina el reconocimiento social y político de la homosexualidad. Ha contribuido, quizá sin provocarlo de manera directa, a que la homosexualidad ya no sea contada como una patología sexual que debe ser curada. Sólo por ello, merece ser reeditado y leído.

1972 es el año en el que los homosexuales empiezan a darse a conocer, a manifestarse, a manifestarse como tales. El comienzo de una gran ola que barrerá, en la mayor parte de los países de cultura europea, la reprobación que pesaba sobre la homosexualidad, el silencio prudente y púdico del cual se rodeaba.

Este manifiesto inaugural, precursor, afirma y anticipa ideas que serán las del siglo, planteamientos de casi toda reflexión, evidencias: que la homosexualidad no es una enfermedad; que no forma una categoría sexual bien definida, sino que recubre un conjunto de conductas variables, intercambiables; que no hay un tipo «homosexual», y que las «singularidades» que lo caracterizan pueden encontrarse en cualquier otro individuo que no se declara homosexual; en todo caso, que la separación «activo» y «pasivo», se ha vuelto obsoleta y radícula, como la distribución entre hombre y mujer, como la atribución de la pasividad a lo femenino y de la actividad al carácter varonil.

Todas estas combinatorias penosamente elaboradas, estos esfuerzos de etiología clínica, *El deseo homosexual* los hace inútiles, vanos ejercicios escolásticos, viejas lunas. Al cambiar de mirada, al poner el deseo polimorfo en el centro e intimar a la vez su tiempo para mirar de frente a los homosexuales y al escapar del silencio al que constriñe a los homosexuales su vergüenza, marca una época, habla para una generación a la cual no dejamos de pertenecer.

Libro, pues, que compete a la historia de una idea y de un movimiento. Y, en este sentido, un libro datado, inseparable de las circunstancias de su publicación, de esta emergencia de un movimiento francés, europeo, mundial. Pero también un clásico. Es decir, un texto que se separa de esta historia y nos llega, no sólo como testimonio de un pasado cumplido, sino como la formulación de cuestiones, de múltiples cuestiones, de un problema que no ha acabado de solicitarnos, de atormentarnos. Pues, si la homosexualidad es, de una cierta manera, vista como un modo admisible de vida, podemos decir que, nosotros, el siglo, nuestro siglo que se acaba, no hemos acabado con ella.

¿Por qué hablar de homosexualidad, dirán algunos, por qué irse a defender la existencia original de un deseo homosexual que no sería patológico y que podríamos reivindicar sin hacernos ridiculizar ni proscribir?

Ahora la homosexualidad tiene buena prensa. Se evoca por todas partes a cielo abierto. Hace buenas emisiones de radio y de televisión, supone un buen comercio. Incluso es políticamente correcto inclinarse ante ella. Los maderos la respetan, aunque sólo la tocan con la punta del dedo; y nunca, al menos directamente, la incriminan.

Todas estas luchas, estas defensas, este lenguaje que utiliza Guy Hocquenghem polemizando con el psicoanálisis, encomendándose a *El anti-Edipo* de Deleuze y Guatta-

ri, refiriéndose muy explícitamente a los movimientos de 1968 y de un partido comunista aún bajo la obediencia de Moscú, este uso del vocablo «revolución» que la sociedad contemporánea entiende, en su casi totalidad, con dificultad, ¿no está superado? ¿no es eso otra historia? Hoy en día, no es esto lo que importa. Lo que importa es, al parecer, por parte de los que no son homosexuales, jóvenes o no, mostrar la mayor indulgencia, o más bien la más perfecta indiferencia para con aquellos que lo son —«homosexual, muy bien, esto le atañe a él, no es mi problema sino el suyo»— y, por parte de aquellos que lo son, si se proclaman, se reivindican como tales, lo que importa es saber si se llamarán preferentemente *gays* o *queers*, si vivirán o no como pareja estable. De todas maneras, ya se sabe, ni siquiera es esto lo que se nos solicita sino los problemas mucho más concretos de la enfermedad, del empleo y de la vivienda. El sexo, el deseo parecen estar ya en el segundo plano de las preocupaciones de la generación que viene.

¿Entonces qué interés puede tener un libro sobre el deseo, encima sobre el deseo homosexual, y en una perspectiva polémica, militante? Si se admite que existe, ¿por qué deberían justificarse los que son animados por él? ¿Por qué los que no se ven afectados deberían preocuparse por él, puesto que ya está bien establecido que aceptan, para los otros, su existencia?

Para los otros, sí; y quizá esté ahí el punto de enganche, el punto central, el desfiladero por el cual hay que entrar en este deseo; entrar en este libro escrito hace más de treinta años, por un chico enfadado, apasionado y mordaz. Este otro justamente. Este otro entre «nosotros». No hablo de mí, su amigo, ¿me atrevería a decir su «amante» de entonces? sino de este *otro* que son todos los lectores potenciales. Puesto que este libro, este panfleto valiente y mordaz de un chico de veinticuatro años, no se dirigía a los homosexuales en particular, aunque tuviera la inten-

ción de despertarles, y a la vez, de fustigarles en lo que se refiere a su vergüenza, a su aceptación de todos los prejuicios de una sociedad que les dejaba fuera. Estos homosexuales avergonzados, que aceptaban todo lo que estaba hecho para interpretarles, explicarles desde la mirada de los otros. Estos otros, es decir, los dominantes, los mayoritarios, los «nosotros». Pues eran ellos quienes eran otros, constitucionalmente, de forma irremediable, excluidos del deseo.

Guy, radiante, mordaz, feroz, se adueña de esta alteridad constitutiva. La vuelve y se hace un arma con ella.

Y la primera frase es el ataque que marca la tónica: «Lo que causa el problema no es el deseo homosexual sino el miedo a la homosexualidad». Sois vosotros, los que tenéis miedo, los que están atrapados en una psicosis o los que son neuróticos, no soy yo, no somos nosotros. He aquí el problema. Lo demás, los largos análisis, las largas demostraciones extraídas del lenguaje de las luchas de entonces, de los adversarios de entonces, de las armas que se forjaban contra aquellos que querían rechazar la homosexualidad y este deseo tan fuerte –tan a menudo compartido pero universalmente condenado– de tener derecho de entrada en la sociedad, nos parece de poco peso; importa menos que ese tono, que ese estilo iracundo que da a una argumentación severa –necesariamente cargada de términos clínicos en la que, durante más de un siglo, se ha encerrado a la homosexualidad– el aspecto del entusiasmo.

Debo retomar él hilo: ¿es verdad que el contexto de entonces importa menos? Incluso sólo como advertencia, *El deseo homosexual* tiene el gran interés de poner bajo nuestros ojos los términos en los cuales la homosexualidad, en 1970, era tratada, en el sentido de una enfermedad o de una discapacidad, culpabilizada, prohibida dé palabra. De volver a recordar la actitud de una psiquiatría

responsable, como motivación secreta del legislador, de este estado de cosas; en especial la responsabilidad del psicoanálisis que no ha dejado de castigar, incluso entre nosotros. No me es posible entrar en los detalles que se leerán en el texto. Sin embargo, me gustaría, como preámbulo a toda lectura, precisar a propósito dos cosas: primero, que Guy tiene cuidado en diferenciar la obra y el pensamiento de un Freud aplicado en sacar el carácter finalmente «normal» de la perversión, universalmente compartido, de sus epígonos, del «psicoanalismo»; luego que, sin embargo, había que acabar con esta liberación del deseo que Freud descubrió, aunque esté aprisionada más que nunca bajo la ley familiar del «complejo de Edipo». De ahí la ambigüedad de Freud. La necesidad de una franca ruptura con todo sistema de interpretación. El deseo homosexual no necesita de una búsqueda de sus causas, como si fuera una desviación o un bloqueo. Es el deseo homosexual que no es, en su inmensidad, su polivalencia, inmovilizable sobre un único objeto. Que justamente el *objeto* no basta para definir el deseo. Por eso, y es evidente, no hay que leer este libro como un libro de sexología, ni tampoco como un libro que atañe específicamente a los homosexuales.

En este sentido, sí es perfectamente inactual, en tanto que está muy alejado de las preocupaciones contemporáneas, que siempre se quedan cortas, preocupadas por clasificaciones precisas, por divisiones que responden a una lógica binaria, de investigación o de interrogación que aborrece. La idea central, directiva, aquello por lo cual todo gravita alrededor, el «pivote», para emplear una palabra de Fourier, no es un deseo específico del homosexual; es el deseo por el cual la homosexualidad es menos la calificación de una elección particular que la puerta de salida hacia afuera de las limitaciones en las que se encierra por

culpa de las coacciones, de los estrechos desfiladeros por los que debe de pasar desde la infancia.

Desde luego que es completamente *inactual* esta idea de pensar la homosexualidad a partir de la infancia, de replantearse, a favor de la homosexualidad, toda la razón de ser de la «civilización», de la educación. De comprenderla a partir de la evacuación, por el lenguaje y las instituciones políticas, de una sexualidad confinada, bajo sus formas más conservadoras, en el ámbito tradicional de la pareja heterosexual y de la familia.

A partir de la infancia... pero no se trata en absoluto –compréndase bien– de proponer una nueva génesis a la manera psicoanalítica (un «estadio», una fijación provisional que debe ser abandonada en la edad adulta), sino de reconocer, desde la infancia y al niño, un deseo plenamente formado, legítimo y con derecho a su ejercicio. Y el libro denuncia –entre líneas, lo concedo, pero de manera contundente– a propósito del recubrimiento del deseo por el discurso político, este abuso que consiste en negar al niño, al menor, el uso del placer, en nombre precisamente de una minoría (de edad) que le esclaviza («¡y si nosotros queremos ser corrompidos!» hace decir Guy a sus menores «protegidos»). ¡Sí! El deseo homosexual es, ante todo, cuestión de infancia.

Inactuales estas ideas, pero en el sentido que Nietzsche hizo famoso, el de *Consideraciones inactuales* o *intempestivas*, tan poco acordes con nuestra mentalidad presente como molestas.

Esta actualidad asegura una validez de los análisis de Guy Hocquenghem mucho más allá de las circunstancias de su escritura. Pues nos despiertan del sueño provocado por tantas certezas beatas en torno a una democracia por fin alcanzada y a una tolerancia generalizada.

El deseo homosexual les ataca y corroe sobre varios puntos de los cuales –para guiar la lectura– retengo tres esenciales.

Hay tanta «naturalidad» en el deseo homosexual como en el heterosexual; lo que es, hoy en día, casi siempre admitido. Pero sobre todo –lo que ahí obstaculiza nuestra manía clasificatoria– el deseo se burla de las identidades sexuales porque no le importan. Es la educación, familiar, edípica, la que repliega al individuo en la búsqueda de una identidad, escindiendo y castrando el deseo.

Paradójicamente, es el psicoanálisis, que reserva el único deseo normal a la heterosexualidad, fundadora del orden humano, de la naturalidad de la pareja, de la familia, el que otorga a la homosexualidad la gran función de socialización. Es ella la que forma el grupo, lo social. ¡Pero cuidado! La homosexualidad no sexualmente efectiva, sino «sublimada». Guy Hocquenghem se apropia de este reconocimiento, de esta confesión importante, fundamental. Le toma la palabra pero plantea la cuestión: ¿por qué sublimado, desexualizado? ¿No habría en la homosexualidad activa, por el contrario, la vía de una socialidad, de una generosidad hacia el otro que la heterosexualidad exclusiva asigna a la pareja recogida, de manera egoísta, en sí misma? El sofisma psicoanalítico consiste en transformar en exigencia absoluta, incondicional, una represión de la parte sexual del deseo para que haya, socialización. Sólo garantiza la supremacía masculina, la del hombre-objeto, sobre la mujer-objeto. Esta ley no es otra que la del falocentrismo; la pirula que hace gravitar toda la sociedad humana y su sentido en torno al *falo* (este «significante mayor» que la interpretación estructuralista de Jacques Lacan acababa de inventar y que pesca con elocuencia *El anti-Edipo*).

El tercer punto, complementario, es que la homosexualidad tiene valor precisamente por no reconducir o reproducir los papeles que la sociedad heterosexual ha inventado porque sólo existen para ella. Hace falta una descentración de lo sexual, fuera del Falo, hace falta otra mirada, otra socialización que no sea por la proliferación de las

parejas y de las familias. De ahí esta apología o exaltación del *ano* que podrá sorprender o divertir a algunos, pero que designa, más allá de cierta provocación inevitable, una sociedad no autoritaria, no jerárquica, que rechaza toda transformación del «otro» en objeto, precisamente porque hacia él conduce un deseo pleno –no mutilado, plenamente corporal y sexual– de ser poseído por él, en vez de poseerlo.

Todo esto está dicho, quizás no en estos términos, pero bien legible, dando sentido con esta referencia a un Genet que no disocia sus elecciones políticas y sus amores, a Fourier con su *Nuevo mundo amoroso* implicando un nuevo orden social.

Pensaba también en *El deseo homosexual* al recorrer últimamente páginas escritas por Pasolini, casi en la misma época, en las que este último se entregaba, en *Petróleo*, a una extraordinaria digresión sobre la infinitud del «ser poseído» en relación con la finitud agresiva de la simple «posesión». Tanto la posesión del cuerpo como la de su mente. Así, la intempestividad de este libro, en sus brillantes y a veces hiperbólicas variaciones, provoca, induce a una suerte de posesión espiritual.

Se entiende de sobra que su lógica tiene poco o nada que ver con la madeja en la que se enreda la reflexión contemporánea de y sobre la homosexualidad, con su humanismo rampante, atrancado entre el personalismo y lo jurídico de un «sexualmente correcto». Tacha esto de un golpe; y, sin descuidar la cuestión de los derechos, puesto que se trata de una lucha iniciada y muy real, confiere a la realidad por conquistar una dimensión completamente diferente: la de una sociedad de un nuevo tipo, que no descansa sobre la exclusión con sus falsos problemas de sujeto y objeto, su celosa protección de los cuerpos, de una esfera privada que –lejos de ser espacio de libertad– es

aquella en donde se deciden todas las formas de prohibiciones, sino sobre la inclusión, la acogida, incluso yo diría, sin falsear las intenciones de Guy ni hacer hablar a los muertos, sobre una *hospitalidad* universal y absoluta.

Necesitamos urgentemente esta inactualidad. Hoy en día, formulado por Guy, *El deseo homosexual*, con sus prolongaciones en la puesta en duda de la esfera política y del orden de la civilización, resplandece bajo un nuevo día. Entra en resonancia con todo lo que, entre nosotros, plantea problemas. No sólo la homosexualidad que quizá haya dejado, en efecto, de una cierta manera, y como problema sexual, de «dar problemas», sino con todo lo que en torno a ella, en su orbe, repugna al orden político, social, económico, ecológico, sexual, de la globalización: esta famosa «civilización» que Fourier calificaba, Guy lo recuerda, de «orden subversivo», lejos de ser la solución más adaptada al desarrollo humano, a la satisfacción de las necesidades y de los deseos.

La memoria que despierta y aguijonea esta lectura no es una nostalgia del pasado; tampoco debe ser una simple curiosidad atraída por la historia del movimiento homosexual. Aunque sea apasionante ir a buscar a las fuentes de un movimiento su inspiración primeriza, todavía no enfriada o institucionalizada. Igual que tenemos siempre interés y alegría por reabrir a Freud, por ir a la fresca fuente de una inspiración cuánto más diversificada y generosa que la de sus seguidores. Como este texto que, polemizando con el fundador de un psicoanálisis que se ha vuelto sirviente del poder, participa de un esclarecimiento de la fuente, que permite comprender mejor la necesidad absoluta de una ruptura con todo lo que recuerda a Freud y a los suyos.

Por cierto, un año después Gilles, escribiendo un prefacio para Guy, esta suerte de *post-scriptum* a *El deseo ho-*

mosexual que es *L'après-mai des faunes*, rendirá homenaje a este joven discípulo que ha abierto un nuevo camino a su reflexión^[1].

Libro histórico, escribía al empezar. Quiero precisar, decir ahora que, por su mediación, se ha abierto un diálogo entre la historia y nosotros. Obliga a la historia a salir de su reserva, a justificarse porque, por muy reciente que sea, pueda parecer ya tan lejana, porque, siempre empujados hacia delante por las exigencias de los modos y el prejuicio de la actualidad, nos olvidemos de los orígenes y ya no sepamos plantear los verdaderos problemas.

Nos quedamos en el acontecimiento de una lucha todavía en curso. Una lucha en la que *El deseo homosexual* fue el gesto fundador, el primer impulso. Un gesto, para concluir con una expresión estimada por Péguy, justamente, hermoso como el desafío al siglo de su «alma carnal»^[2].

RENÉ SCHÉRER

A Gérard Grandmontagne, suicidado el 25 de
septiembre de 1972 en la cárcel de Fresnes.

Introducción

Lo que causa el problema no es el deseo homosexual sino el miedo a la homosexualidad, hay que explicar por qué la misma palabra desencadena las huidas y los odios. Nos preguntaremos entonces por la manera en que el mundo heterosexual habla y fantasea sobre la «homosexualidad». La gran mayoría de los «homosexuales» no tiene ni siquiera existencia consciente. Desde la infancia, el deseo homosexual es eliminado socialmente por una serie de mecanismos familiares y educativos. La capacidad de olvido que ocultan los mecanismos sociales respecto de la pulsión homosexual basta para hacer responder a cada cual: ese problema no existe para mí.

Partiremos aquí de lo que es conveniente llamar la «homosexualidad masculina». Esto no significa que la diferencia de los sexos sea evidente, pues será finalmente puesta en tela de juicio, sino que la organización del deseo que experimentamos está basada en la dominación masculina, y es primero la construcción imaginaria edípica de la homosexualidad masculina la que se designa bajo el término «homosexualidad». Sería vano tratar una vez más de la homosexualidad femenina en los términos en los que la ideología masculina lo hace habitualmente.

Hay pulsiones del deseo que todos hemos experimentado y que, sin embargo, nunca abordamos en nuestro vivir cotidiano. Por eso no se puede aceptar tomar en consi-

deración lo que creemos de nuestro propio deseo. Un fantástico mecanismo social borra permanentemente las huellas –que no cesan de renovarse– que dejan nuestros deseos ocultos. Sólo basta con pensar en lo que adviene de una experiencia tan universalmente difundida como la masturbación para comprender el poder de este mecanismo: todo el mundo se ha masturbado y, sin embargo, nadie habla de ello nunca, ni siquiera con sus relaciones más íntimas.

Deseo homosexual: estos términos no son evidentes de por sí. No hay subdivisión del deseo entre homosexualidad y heterosexualidad. No hay tampoco ni deseo homosexual ni deseo heterosexual en sentido propio. El deseo emerge bajo una forma múltiple, cuyos componentes sólo son separables *a posteriori*, en función de las manipulaciones a las que le sometemos. El deseo homosexual, al igual que el deseo heterosexual, es un recorte arbitrario en un flujo ininterrumpido y polívoco. En su forma actual, la caracterización homosexual del deseo de manera exclusiva es una engañifa del imaginario. Pero como en la homosexualidad el juego de imágenes aparece con la mayor evidencia, podemos comenzar un trabajo de deconstrucción de estas imágenes a partir de su punto más sensible. Si hay en la imagen homosexual un complejo nudo de deseo y de temor, si la evocación del fantasma homosexual es más obscena que cualquier otra y al mismo tiempo excitante, si uno no puede aparecer en un sitio como homosexual sin que las familias se alteren y mantengan a sus niños al margen, sin que una relación de horror y de deseo se instaure, es que hay para nosotros, occidentales del siglo XX, una íntima relación entre el deseo y la homosexualidad. La homosexualidad manifiesta algo del deseo que no aparece en otro sitio, y ese algo no es simplemente el acto sexual realizado con una persona del mismo sexo.

La homosexualidad atormenta al «mundo normal»; ni siquiera un Adler pudo evitar constatarlo: «Como un fan-